Esta doctrina tan sublime, tan prodigiosamente enlazada en todas sus partes, que resiste á todo y basta á todo; maravilla única del mundo intelectual y moral, que se sostiene desarrollándose en el seno de todas las fluctuaciones y de todos los asaltos, ¿cuál es el autor? ¿de qué cerebro ha salido?

Imposible decirlo á quien no admita su *Divinidad*.

Jesucristo la ha predicado, es verdad, en el curso de su vida humana, y esta es el Evangelio. Pero no la ha formulalado en cuerpo de doctrina como ha aparecido despues. Es cierto. Ha sucedido con esta doctrina como con sus efectos prodigiosos en el mundo. Jesucristo no se ha convertido á nadie en vida suya, ni aun á aquellos por los cuales debia convertirse el universo. Igualmente no ha formulado su doctrina en símbolo, sino que únicamente ha lanzado resplandores de ella que solo descubrian su fondo para que apareciera despues mas oscuro, y desesperar, al aparecer, á la inteligencia. Estas verdades celestiales del Evangelio no nos aparecen en el dia inteligibles y no nos son accesibles sino porque las vemos al través de ese cuerpo de doctrina que se ha sacado despues de él. En el mismo Evangelio no se encuentran sino como en estado de miembros esparcidos. Solo á la luz Apostólica vemos la luz Evangélica. ¿Qué era, pues, antes de la redaccion del Evangelio, obra apostólica ella misma, cuando estaba depositada en la sola memoria de los Apóstoles, todavía tan poco inteligentes respecto de Jesucristo? De tal suerte, que puede decirse que hubiera desaparecido del mundo Jesucristo, dejándolo en la oscuridad, y que no habria resonado su palabra sino para perderse en oráculos cuyo sentido nos hubiéramos disputado, si no hubiera sobrevenido otro agente para dar á los Apóstoles y á la Iglesia la penetracion y discernimiento de la Doctrina, y todos los dones de inteligencia, de fe, de celo, de fuerza, de sabiduría y de ciencia infalible, necesarios para su emision, su defensa, su desarrollo en un mundo que le era

tan enemigo. Este agente es el Espíritu de Verdad, que no es otro que el Espíritu del mismo Jesucristo y del Padre, el Espíritu de Dios: el Espiritu Santo.

Esto no es una conjetura que aminore en lo mas mínimo el Evangelio y á Jesucristo. Todo lo contrario. Es el Evangelio mismo en su virtud. Es la glorificacion de Jesucristo obrando mas, despues de haber desaparecido, por su solo Espiritu, de lo que quiso obrar por su Persona; y esto, valiéndose de los mas débiles instrumentos. Este es el testimonio mas patente de su Divinidad. El mismo lo declaró á sus Apóstoles, por quienes iba á principiar su Iglesia: «Aun tengo muchas cosas que deciros; mas por ahora no podeis comprenderlas. Cuando venga el Espíritu de Verdad él os dará la inteligencia de lo que os he dicho y enseñará todas las verdades necesarias para la salvacion, pues no hablará de suyo, sino que dirá todas las cosas que habrá oido y os procurará las verdaderas: él me glorificará, porque recibirá de lo mio y os lo anunciará (1). Por donde se ve, no solamente que la Doctrina no estaba aclarada en la palabra de Jesucristo, sino que *muchas otras cosas* que no fueron dichas, *multa habeo vobis dicere*, estaban reservadas á este Espíritu de Dios, verdadero inspirador de la ciencia sagrada y divulgador de Jesucristo. Asi vemos á la Iglesia desde los Apóstoles, y desde el Concilio de Jerusalem hasta el del Vaticano, promulgar sus decretos en esta fórmula: *Ha sido juzgado bueno por el Espíritu Santo y por Nos*.

El Espíritu de Jesucristo mas bien que su predicacion evangélica, he aquí pues el Oráculo de la doctrina de que es foco Jesucristo.

Es preciso pues admitir esto, pues de lo contrario, se tendria, lo repito, la Doctrina mas maravillosa, mas sabia, mas trascendental, sin autor inmediato y distinto: autor, nótese

(1) San Juan, XVI, 13.

bien, que, (habiéndose desarrollado esta Doctrina, defendídose y sostenido en su integridad contra los incesantes asaltos del error y de las pasiones, y de las mismas debilidades de sus depositarios) debe por necesidad ser inmanente en su obra, como lo es Dios en la creacion.

Hay todavía sobre esto consideraciones mas fuertes que recomiendo á toda la atencion del lector.

No es solamente, en despecho de los asaltos que no han cesado de darsele, como esta Doctrina ha permanecido vírgen de toda alteracion, sino *en razon* de estos mismos asaltos como se ha formulado, y á consecuencia de estos golpes como ha adquirido todo su relieve. En este sentido, seria forzoso decir, que sus mas mortales enemigos han sido los que la han hecho y perfeccionado, destruyéndose ellos mismos. De esta suerte nos hallamos entre lo absurdo y lo divino.

Plutarco compara ingeniosamente la religion natural á aquella estátua del Dios Glauco, colocada en la ribera del mar, que á fuerza de ser combatida y cercenada por las olas, concluyó por perder enteramente su figura de Dios, y de no ser mas que una roca informe. Tal es la perfecta imágen de la inevitable suerte que aguarda á toda doctrina, por poco que discorde y se niegue á transigir con nuestras pasiones. ¿Qué habia de haber sucedido con la doctrina cristiana que les es intratable por su santidad, y que no solamente no cede jamás á ellas, sino que las ataca siempre? Pues bien, ha sucedido todo lo contrario, y no puede concebirse esperiencia mas decisiva de su Divinidad. Colocada, no tan solo en la ribera, sino en medio de la mar borrascosa de este mundo, en su piedra evangélica, sin tener á nadie humanamente capaz de defenderla ni definirla, las heregías han sido las que desde el orígen hasta nuestros dias, no cesan durante dos mil años de combatirla en todos sentidos, habiendo hecho saltar y manifestarse sus rasgos divinos: estos estraños operarios han sido

los que, como por otros tantos golpes de cincel, la han cortado y esculpido á la luz del mundo. Aun ha sido preciso que vinieran estas heregías y esta doctrina las esperaba anunciándolas, para que se ostentara su divinidad por medio de su confusion, para producirse á nuestras miradas en este magnífico conjunto en que se nos aparece, y esto, gracias á sus enemigos que no han trabajado, que no trabajarán eternamente sino para ella, porque el Espíritu de Jesucristo, desde el fondo de esta doctrina, la preserva de sus ataques, haciéndolos redundar en su divina manifestacion. Suprímase lo divino y no queda para esplicacion mas que lo absurdo.

Finalmente, la prueba suprema de la Doctrina de Jesucristo, es su *esperiencia*, y esta es doble; en sus discípulos y en sus contradictores.

En sus discípulos, y por ellos en el mundo, no volveré á decir los frutos verdaderamente sobrenaturales que produce. Para aquellos es inútil; pues que lo saben, y desde luego les pido perdon de todos estos esfuerzos de raciocinio, que, al lado de la verdad viva y ardiente que en ellos existe, podrian servirles de escándalo, si no tuvieran presente que aquellos se distinguen principalmente á los que no se hallan poseidos de esta verdad, y que no pueden formar dichos raciocinios.

Mas respecto de los contradictores, no les preguntaré únicamente lo que piensan de la suerte de la familia, de la mujer, del hijo, de los desgraciados, y en su consecuencia, de los dichosos, de la sociedad, de los Estados, del mundo, si el Cristianismo llegara á desaparecer súbitamente de las últimas trincheras en que nos salva todavía de la suprema ruina defendiéndose él mismo contra todos los criminales asaltos que se le dan.

Los tomaré aparte, y por medio de un argumento *ad hominem*, les pediré cuenta, cuenta sincera, verdadera, leal, de su infidelidad.

Veamos pues. ¿Por qué no creemos prácticamente en la religion de Jesucristo?

Porque no la queremos.

¿Y por qué no la queremos?

Por la misma razon, porque debiéramos quererla, y porque deberiamos creer en ella.

Porque nos haria *mejores*.

¿Cuál es en efecto el objeto propio de la Religion verdadera, sino el hacernos mejores, y para ello, exigir un tratamiento eficaz de reforma de nosotros mismos?

Estamos por nuestra parte tan convencidos de que el Cristianismo es *curativo*, es decir, decididamente *verdadero*, que solo lo evitamos ó le atacamos, porque no queremos ser *curados*.

Hay otro motivo para nuestro alejamiento práctico de la fé cristiana que el de no querer ser mejores, motivo que no puede confesarse, y que no prueba menos la divinidad de esta fé.

Y es que nos humilla; es que hace reventar, si es lícito hablar asi, esa hinchazon de orgullo que nos ensoberbece; es que, volviéndonos á reducir á nuestra nada para hacernos renacer, nos pone á un mismo nivel, nos confunde con lo vulgar, y aun nos hace entrar á todos por su humilde y estrecha puerta en un órden de grandezas todas en sentido inverso de las nuestras, y donde los primeros son los últimos.

No se repugna tanto creer los incomprensibles abatimientos y humillaciones del Amor infinito, en los cuales consiste el Cristianismo, sino porque estos abatimientos del Altísimo son la sangrienta condenacion de nuestro orgullo y de la falsa grandeza que nos formamos en nosotros mismos. Aunque no nos despoje de esta sino para revestirnos con la suya, rechazamos este insigne honor á causa del sacrificio que lleva consigo. No creemos en el Verbo encarnado, porque seria preciso *dejar de creer* en nosotros mismos. No queremos cambiar nuestra miseria por nuestra gloria, porque seria necesario comenzar por renunciar á nosotros mismos. Tomamos la doctrina del Pesebre y de la Cruz por un insulto á nuestra razon, segun decimos, mas en realidad, á nuestra concupiscencia y á nuestro orgullo.

¿No basta quitar el velo á esta llaga secreta de la incredulidad en Jesucristo para manifestar á la vez la miseria humana y la Sabiduría verdaderamente divina que ha sabido tratarla tan bien?

Porque, en fin, nadie es grande sino es humilde, nadie es ilustrado si no se ignora á sí mismo. La soberbia es una pequeñez, y no es menos una ignorancia, y la peor de todas, la ignorancia de sí mismo, la cual se estiende del que se halla afectado de ella á todo.

Y sin embargo, vése en el fondo, con la flaqueza de no querer hacerse mejor, la oposicion secreta ó declarada que se hace á Jesucristo.

Es esto una cobardía y una soberbia cubiertas con la máscara de la incredulidad.

¡Que vengan á hablar ahora de lo incomprensible del misterio, y de todas las objeciones y cavilaciones tras las que se oculta á sí misma la miseria de su voluntad bajo el orgullo de su espíritu!

¡Lo incomprensible! Pero este no es irracional. Aun en el órden natural puede probarse una cosa y ser incomprensible. Cuando se trata de cosas sobrenaturales y divinas, no solamente no es irracional lo incomprensible, sino que es racional. Es de derecho. No se comprenderia que pudiera comprenderse á Dios.

Y ademas ¿se conoce por lo menos este incomprensible cristiano? ¿nos ocupamos de saberlo ó nos abstenemos de juzgarlo, como conviene al humilde estado del entendimiento humano, ante esta elevada ciencia? ¿No se ponen, con gran aturdimien-

to, las absurdas ideas que se forja cada uno en el lugar de esas sublimes verdades que pasan por nuestra mente iluminándola y jamás chocando con nuestra razon?

¡Estraña confianza de la razon en materia de fe! En toda otra materia, en astronomía, en cosmografía, en cualquiera ciencia que le sea estraña, se recusa, se mantiene en la modestia de la ignorancia, se deja enseñar, cree en la palabra de los maestros; y no obstante se trata de conocimientos puramente naturales y racionales, que el hombre puede alcanzar y comprender. ¡Y en materia de Religion, en que se trata de lo infinito, de lo sobrenatural, de Dios, que supera á toda razon, en que el génio mas trascendental naufraga, que solo podemos aprender por el mismo Dios, la razon mas debil se erige en juez! ¡y qué juez! ¿Si se le propone un misterio, si se encuentra un testo sagrado que ella no comprenda enteramente ó que lo entienda mal, pondrá por un iustante en cuestion su insuficiencia y su ignorancia? De ningun modo. Lo que deberia ser su primera disposicion no seria ni siquiera su última. Entre su incapacidad propia y la inadmisibilidad del asnnto, entre su suficiencia y la Antigüedad mas venerable, y la Autoridad mas santa y la Tradicion Perpétua y universal de la Doctrina, y el peso del genio, y el testimonio de la Santidad, no vacilará nunca; y concluirá siempre rechazando la fe sin estudio, sin reserva, sin escrúpulo, encogiéndose de hombros y moviendo la cabeza. Pregunto, pues, ¿semejante disposicion no es la mas flagrante injuria que pueda hacerse á la razon? ¿No revela un orgullo insensato? ¿No justifica hasta el mas alto punto esas santas oscuridades de la Religion, tan á propósito para rebajar ese orgullo, si es curable, ó para su castigo, si es obstinado!

¿Qué deducir en último resultado?

Que la doctrina de Jesucristo se halla sobrado demostrada á la sana razon, y que ella no lo será jamás bastante á la

mala ó débil voluntad; que ella es divina, verdaderamente divina, y que, como es divina, no puede gustarla ni penetrarla el solo sentido humano, lo cual es, por otra parte, consecuente con el objeto sucesivo de esta doctrina, que siendo el de reparar este sentido depravado, debe encontrarlo rebelde.

Si se quiere formar una idea exacta y sensible de la Religion, es preciso decir que es á la naturaleza moral de la humanidad lo que la misma humanidad es á la naturaleza física. La naturaleza física por sí misma, considerada en el globo que habitamos, está viciada y es salvaje. A la cultura del hombre debe el haber recobrado la salud y el verse fecundizada y embellecida como la vemos en las regiones civilizadas; y si participa de la misma civilizacion y es elevada, en cierto modo al honor humano, es gracias al desmonte, al laboraje, á la siembra, á la poda, al ingerto y á todos los procedimientos de la industria humana. La naturaleza física constituye el cultivo del hombre, que es su colono. Pues bien, el hombre és igualmente el campo que Dios cultiva, cuyo arado es el Evangelie, *agricultura Dei*, como dice San Pablo (1). El hombre no se halla menos viciado, no es menos salvaje por sí mismo que la naturaleza física, por la alteracion original que le ha causado su separacion de su Principio. El es por esta viciada naturaleza lo que son los verdaderos salvajes por la desviacion accidental que les ha separado del tronco del género humano. No ha habido jamás civilizacion verdadera sino á medida que ha habido religion. Y esto es lo que ha constituido la inmensa superioridad de la humanidad cristiana sobre la humanidad pagana, y de los santos sobre los sabios. Es el *azebuche* ingerto en el *olivo natural*, haciéndolo participante de su raiz y de su substancia (2). Pues si llega á olvidarlo y á creer ne-

(1) *A los Corintios*, III, 9. De aquí todas las imágenes y parábolas sacadas de la agricultura en el Evangelio.

(2) *A los Romanos*, XI, 24.

ciamente que él es quién lleva la raiz y no la raiz á él; y si llega en su loco orgullo hasta á separarse de ella, creyendo separarlo á ella de él, vuelve á reducirse á azebuche, y perece.

Todos nuestros errores, decia ya Séneca, *provienen de que ignoramos que estamos enfermos*. Era ya mucho la sospecha de tal estado. La Antigüedad pagana no dejaba de tenerla. Solamente ignoraba la enfermedad, y se hallaba enterameute desprovista de remedio, esperando al Médico. Vino al fin este y dijo al hombre: «Porque estás diciendo: Yo soy rico y ha»cendado y de nada tengo falta; y no conoces que eres un des»dichado y miserable, y pobre y ciego y desnudo. Aconséjote »que compres de mi oro afinado en el fuego, y te vistas de ro»pas blancas, y no se descubra la vergüenza de tu desnudez, »y unge tus ojos con colirio para que veas (1).» De esta enfermedad que Jesucristo vino así á revelar y á curar con el divino remedio de su Encarnacion y de su sacrificio, siendo en la actualidad perfectamente conocida por ser la del orgullo que ofusca la vista, y de la concupiscencia que la enturbia, no debemos ser curados, sino por medio de la aplicacion de la humildad y de la expiacion que El fue el primero en practicar y preparar en su Persona para que fueran en nosotros mas eficaces y mas suaves á un tiempo mismo, y cuya gracia impregnada de su amor, es *ese colirio*, con que hace *ungir nuestros ojos para que veamos*.

Así ha vuelto Jesucristo la vista al mundo, y de las mas densas tinieblas en que se envolvia en busca de su destino, se elevó de claridad en claridad hasta el reino de la luz, luz eterna para sus escogidos, y luz temporal para las sociedades, acusando todos sus estravíos y preservándoles de los abismos.

Pero el mundo en esta libertad inalienable, que no permite al mismo Dios salvarle contra su voluntad, y deja libre

(1) *Apoc.* III, 17, 18.

el acceso, tanto respecto de las sociedades como de los individuos, á ese Espíritu de tinieblas, cuyo poder no puede servir sino para su propia confusion, parece haber entrado, desde hace un siglo, en un eclipse total de Jesucristo, y se ve amenazado de llegar á ser la fatal demostracion de esta verdad, que como Jesucristo fué la luz para el mundo, lo es y lo será siempre. Y en verdad, que si las tinieblas son la contra prueba de la luz, ¡qué demostracion mas patente de Jesucristo que la de que damos el espantoso espectáculo en nosotros mismos!

Yo no he creido, por mi cuenta, que debia permanecer indiferente al ver este estado público de las almas. Y por esto, proponiéndome ulteriormente un estudio algun tanto profundo del Evangelio, he tratado desde luego de Jesucristo, es decir, de la luz de la vida, de la salvacion del mundo, inmediata y directamente.

Todos los medios humanos, que tenian en otro tiempo su valor inspirándose en El, se han hecho caducos desde que le hemos repudiado. Caminamos en las tinieblas desde que no seguimos á Aquel que es la *Luz de las naciones*. Nos hemos hecho contrarios á nosotros mismos desde que no tenemos ya á Dios con nosotros. Hemos dado á su justicia todo el sitio que hemos negado á su gracia; porque de suyo es solo bueno, y solamente por nosotros se hace severo. Así es como ha descendido de su cielo á la tierra por todas las consecuencias de su esclusion, y ha descendido en desastres, en calamidades, en azotes, el mas terrible de los cuales somos nosotros mismos, nuestra impotencia, nuestras divisiones, y esa descomposicion general y total á que descendemos. No se destierra á Jesucristo, no se espulsa á Dios; cambíasele de propicio en adverso; y entonces se encuentra tanto mas cercano cuanto se le ha querido rechazar á mayor distancia.

Actualmente está en todas partes, y llama por do quiera para hacer que se le abran las puertas.

—¿Quién sois? se le dice.

—El Rey de gloria.

—¿Quién es ese Rey de gloria?

—El Señor, fuerte y poderoso, el Señor poderoso en las batallas. El que levanta á los que se hallan inclinados y rehace á los que están quebrantados (1). Abrid; yo soy la Resurreccion y la Vida (2).

¡Abríos todas vosotras, grandes puertas de la Patria; puertas humilladas, levantaos á la altura del Eterno, y que haga su entrada el Rey de gloria, el Señor fuerte y poderoso, el Terrible en las batallas, el que levanta á los que están caidos y rehace á los que están derrotados!

¡Sea bendito y bendecido El que es la Resurreccion y la Vida!

¡Aclamémosle á porfía con el antiguo grito de victoria! «¡Viva el Cristo que ama á los Francos! ¡Quiera el Señor de los Señores, Jesucristo, proteger su reino, llenar de su gracia á los que lo gobiernan, conducir su ejército, ponerles al abrigo detrás de la muralla de la fé, y concederles misericordiosamente la paz, la alegría y la dicha! (3).»

Apresurémonos á recibirle y á hacerle situarse en todas partes; en nuestras moradas alarmadas, en nuestras calles y en nuestras plazas, viudas há tanto tiempo de El, en nuestras instituciones, que se derrumban, en nuestros consejos vacilantes, en nuestras asambleas divididas, en las residencias de la autoridad desalentada ó sediciosa en todos los grados, si queremos contener su ruina.

Fijemos su dignidad real, en la vacante de la que nos falta, sobre toda clase de competencia, y gravemos en nuestros monumentos esta bella inscripcion que, en la ocupacion

(1) Salmo XXIII, 7, 8; Salmo C, 8.
(2) San Juan, IX, 25.
(3) Prólogo de la Ley Sálica.

que siguió al cautiverio de uno de nuestros reyes, grababan nuestros padres en exergo en sus monedas, enfrente del enemigo.

CHRISTO REGI
SEDE VACANTE.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.